



Imma Monsó

Si dices “me acuerdo”

Hay algo mágico en la declaración explícita del acto de recordar: lo supo ver Joe Brainard y por eso empleó esta fórmula para construir su libro *I remember*. L’Avenç y RBA acaban de publicarlo en catalán en una excelente traducción de Màrius Serra. A esta afortunada iniciativa se sumó la propuesta de Josep Maria Muñoz y su equipo de presentar el libro en La Central con la misma fórmula que constituye el entramado de la obra de Brainard: unos cuantos escritores leyeron sus *meacuerdos* o los *meacuerdos* ajenos. La fórmula creó escuela: Perec la usó en *Je me souviens*, Mastroianni en *Mi ricordo, sì, io mi ricordo*, y numerosos talleres literarios y escuelas la usan para animar a los alumnos a escribir. El lunes, una vez más, despertó el interés del público y operó la magia habitual. Me pregunté dónde radica el éxito de esa forma simple pero efectiva de presentar recuerdos.

... Si dices “me acuerdo” delante de cada evocación, te alejas del sentimentalismo: no lo haces a la manera lacrimógena de Verlaine (“Je me souviens des jours anciens et je pleure”) ni a la manera implorante de Les feuilles mortes (“Je voudrais tant que tu te souviennes...”), ni a la manera nostálgica de Neruda (“¡Es tan corto el amor y es tan largo el olvido!”)... Lo haces con una chocante neutralidad, un poco como si te limitaras a elaborar el inventario de tus bienes para Hacienda, notario imparcial de tus intimidades más secretas.

Si dices “me acuerdo” cada vez que inicias una declaración, a mí, como oyente o lector, me atrapas con toda la magia pertinaz de la repetición: por eso las letanías son contagiosas e hipnóticas. Si dices “me acuerdo” delante de cada recuerdo, no me impones

una verdad objetiva: con el “me acuerdo” se introduce la duda: sabes que el recuerdo es traidor y lo asumes.

Si dices “me acuerdo”, entregas y compartes: no es lo mismo que si me preguntas “¿Te acuerdas de...?”, algo típico de las reuniones de viejos amigos que regodea y complace a los que compar-

Años más tarde la madre Perfecta colgó los hábitos y destinó su notable inteligencia a la imperfecta vida

ten el mismo recuerdo mientras que para los oyentes ajenos es casi siempre un coñazo.

... Sí, decididamente, no es lo mismo decir: “Mi calle era muy empinada” que decir: “Recuerdo que mi calle era muy empinada”. Sobre todo porque al explicar ese “me acuerdo” redefines y actualizas ese fragmento de pasado, convirtiéndolo en un incuestionable presente vivo. Yo me acuerdo hoy, por ejemplo, de los años en la Sagrada Familia, mi colegio. Me acuerdo de la mirada límpida y de los hoyuelos de Carmina Pinós Pedra y de la graciosa frente de Montse Vilella Felip cuando fruncía el ceño (aunque como el recuerdo es traidor los hoyuelos podrían ser de Montse y la frente de Carmina). Me acuerdo de la dulzura de Blanqui Pardo y me acuerdo de Beatriz Rubín de Celis cantando *Viva la gente*. Me acuerdo de que nunca dudé de la perfección de la madre Perfecta, y sólo cuando descubrí a Haussmann, el prefecto de París, supe que la madre era como el prefecto y no perfecta, como lo demostró cuando años más tarde colgó los hábitos, abandonó la castidad y decidió destinar su notable inteligencia a la química y a la vida, que es la mar de imperfecta. Y si recuerdo eso hoy y no otra cosa es porque esta noche se celebra la primera cena de reencuentro generacional de mi colegio. Siempre quise asistir y, lamentablemente, no podré. Cuarenta años sin verse y, en medio, la vida. Muchos *meacuerdos* subirán a la superficie y se oxigenarán para hundirse de nuevo y regresar quizá en otra ocasión. Y es que llega un momento en que es tan abundante el equipaje que, si dices “me acuerdo”... En fin, que si dices “me acuerdo”, puede suceder cualquier cosa.